

Puntos 4. Las Dos Banderas en mitad de la tormenta.

Los sentimientos son “espirales”, como un tornillo que va entrando y que, barriendo lo mismo, hace que se vaya profundizando hasta el centro. En esta última meditación vamos a traer todo lo anterior y colocarlo en mitad de los “preparativos para una batalla” en la que tenemos que elegir bien el bando en el que queremos estar: pondremos esta batalla en el mar.

En tiempos de Ignacio, antes de que hubiera Estados (no está de más recordar que los países tal y como los conocemos ahora son un invento moderno), una forma de vivir muy común era la guerra. Un rey o un capitán bueno recogía a un montón de gente, que ganaba siempre, estuviera en el bando que estuviera; y la gente regresaba a casa viva y con dinero. El “caudillo” malo, lo contrario. La gran pregunta que nos plantea Ignacio es: *¿a quién eliges, si te dan a elegir entre los dos?*

Aquí tenemos el punto de inicio de esta meditación. De lo que se trata es de **elegir**, en este momento de mi vida, en mitad de esta tempestad que nos azota, **entre dos capitanes**. Solo existen dos capitanes: esto tiene que quedar claro. Y, elija el que elija, tengo que optar por todo lo que viene con él. Esto es una norma básica para la vida: al final, la elección es siempre entre dos. Todo lo demás es publicidad...

- **El fin** que quiero pedir: quiero elegir al buen capitán, que es, naturalmente, Jesús.
- **Los medios**: son los de la persona y la experiencia de Jesús. **Aviso para Navegantes**: estos medios son muy extraños, y mucho más para la sociedad en la que estamos. Los del “Yo” son más atractivos. Por tanto, la tentación que tenemos siempre es caer en la trampa de acoger los medios del yo para seguir a Jesús. Eso es imposible, pero la tentación está ahí, incluso para el Señor, como nos lo muestra la escena posterior al bautismo, las tentaciones en el desierto.
- Así, tomamos como **contexto** de esta meditación Mt 4,1-11; 5,1-12: las tentaciones y las bienaventuranzas. Jesús eligió el mesianismo acertado. ¿Y yo, qué voy a hacer?
- **Lo que ha de pedirse**: advertencia y lucidez para ver la trampa del mal capitán, y ayuda de parte del buen capitán para seguirlo, eligiendo sus medios.

Vamos a profundizar brevemente en qué nos ofrecen los dos capitanes, es decir, qué traen consigo las dos “banderas”. En definitiva, es tomarse la vida, el día a día, como una gran aventura, pero la aventura del Señor, no la mía o la de “mis cosas” (*Principio y Fundamento*).

La bandera del Enemigo (Ejercicios 141-142).

Aquí tenemos tres pasos que nos llevarán irremediabilmente a nuestro propio Yo elevado al infinito.

- La primera tentación es la de **la codicia de las riquezas**. ¿Y qué es esto? ¿Una tentación solamente para Bill Gates y Amancio Prada? Pues no. Mis riquezas son todo aquello que poseo, mis cualidades personales o mis medios, y que puede ser usado para el bien o para el mal. Usadas para el bien son buenas, pero usadas para el mal son horribles. Son todo lo que enriquece mi persona. Jesús también usa sus “riquezas”, pero para el bien, para los demás. Nunca en provecho de su Yo: nunca “codició su ser Dios” (Flp 2, 6-11). Es, sin duda, el mayor peligro de mis riquezas: son como un río que, si no lo contrarresto, me lleva a mi propio pedestal. Hay que remar siempre en contra: hacia la entrega.
- Por tanto, el origen de los engaños del Enemigo es la Codicia de las riquezas, que se convierten en **redes y cadenas**. Se convierten en tu Absoluto, y suplantán a Dios. En definitiva, estamos ante las tentaciones de Jesucristo:
 - “utiliza tus riquezas en provecho propio” (Jesucristo nunca),
 - “haz que te aplauda el mundo” (Jesucristo nunca)
 - “y adora a Satanás para tener el poder” (Jesucristo nunca);
- todo esto nos lleva, al final, a la **soberbia**. O sea: no servir a nadie más que a mí. Son tres escalones: mis riquezas me llevan a mi imagen, que me lleva a mi Yo. Y no cedo. Esto cierra las puertas a Dios y también a los demás: la vida soy yo. Los demás no cuentan.

La bandera de Jesucristo (Ejercicios 143-146).

El otro camino es el opuesto. Aquí es donde tenemos que poner la fuerza de esta meditación. Pedir el “deseo” de todo lo que viene ahora.

- **Pobreza espiritual**: no tener el corazón pegado a las riquezas. Ser consciente de que tengo que contrarrestar la fuerza del río. Es una actitud interior: “quiero ser libre para ti, Capitán”.
- **Pobreza actual**: quedarme de verdad sin nada, por amor. Perder el dinero, el protagonismo, la cultura, la salud, el honor, la misma vida... si Él fuese servido, si quiere el Señor. Ejercitar esa libertad de

deseo, llevarla a la práctica. Perder mis riquezas, o que me las nieguen. Es la comprobación real de esa libertad. Para ser libre necesito que se me pruebe: pedírselo al Señor. La pobreza y el orgullo son incompatibles. Plantearlo en positivo. Saber decir: **“Hazme capaz de cualquier cosa que me pidas, Señor”**.

- **Deseo de oprobios y menosprecios:** renunciar a la propia imagen. “Que me digan que soy idiota” por el Evangelio. Libertad contra la imagen, uno de los ídolos más fuertes hoy en día. Tener siempre delante los pasos del Señor, que camina hacia la cruz, siendo consciente de que son los pasos de la libertad divina.
- **Deseo de humildad,** que viene de lo anterior. Pedir a Dios que me haga resistir todos oprobios, que me haga pequeño. En el n.º 98 (El llamamiento del Rey eternal) nos deja Ignacio un juramento que nos puede servir para renovar nuestra entrega al Señor, en mitad de nuestro día a día. Dejo una versión algo actualizada y “navegante” de este juramento, para terminar la meditación y los Ejercicios.

Oh, mi Capitán, eterno Señor de todas las cosas:

yo os ofrezco todo lo que soy y tengo, con vuestra ayuda, delante de vuestra infinita bondad, y de vuestra madre gloriosa, y de José de Nazaret, María de Magdala, Bartimeo y Zaqueo de Jericó, Pablo de Tarso, Ireneo de Lyon, Clemente de Alejandría, Hilario de Poitiers, Efrén de Nisibe, Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Juan de Ávila, (añadir aquí el santo o santa con quien me sienta más cercano o identificado) y toda vuestra tripulación celestial,

y afirmo que quiero y deseo y es mi determinación deliberada servirlos y alabarlos comiendo de vuestro pan, bebiendo de vuestra copa y caminando con vuestros zapatos; viendo lo que veis, sintiendo lo que sentís y amando lo que amáis; viviendo vuestra vida, padeciendo con vos todas las injurias y los insultos y toda la pobreza que queráis, muriendo vuestra muerte y compartiendo, así, vuestro destino,

si vos, oh, Capitán, mi Capitán, me queréis elegir y recibir ahora en esta vuestra tripulación.

Firma, con su sangre, el/la grumete ... (poner aquí nuestro nombre).

Pedirle esto al Señor nos hará cada día más libres. Que el Señor nos ayude a elegir siempre su bandera, en mitad de todas las tormentas que nos toque atravesar en nuestra vida.